

Homilía Funeral
Concatedral San Nicolás
8, abril, 2005

“Redentor del hombre, Cristo Jesús: Hoy en nuestra Asamblea Eucarística, en esta Iglesia Concatedral de S. Nicolás, casa también de nuestra Madre, Santa María del Remedio, venimos a decirte “gracias” por la vida, el magisterio amplio, y el testimonio de nuestro Papa, Juan Pablo II, al que Tú mismo has llamado a descansar junto a ti. Señor, has oído y estás oyendo nuestra voz unida a la de millones de hombres en el mundo entero. La gente lo quería. Él nos dijo, al principio de todo, que te abriéramos a ti las puertas de par en par. Tú le diste a él las llaves de tu Iglesia, para que la tuviera abierta. Hoy te pedimos que le abras las puertas de tu Reino”.

Esta mañana, en una asamblea única en la historia, en Roma, se ha dado el adiós al Papa Juan Pablo II. ¿Quién era este Papa? ¿Quién era esta buena gente?

Nuestra Iglesia Diocesana, en la Concatedral, como lo hizo en la Catedral de Orihuela, une su oración y su voz a los millones de católicos, de creyentes cristianos y de hombres de buena voluntad en el mundo.

Por mi parte debo daros sinceramente las gracias y saludos con la emoción que me produce vuestra presencia.

Doy la bienvenida,

Queridos hermanos y hermanas:

Hemos escuchado palabras de Jesús (Cf Jn 15, 9-17). Hablan reiteradamente de amor, de un mandamiento que llama suyo. Sólo esto nos ha mandado. Hablan también de amistad, la amistad de Cristo a los Apóstoles. Hablan por último de alegría, la que da el haber sido elegidos por Él, la alegría que es de Él.

Pero quiero subrayar un pensamiento que repite Jesús. Es el de dar fruto. Los buenos discípulos dan fruto, y eso da gloria a Dios. Nos ha elegido, repite, con un fin: dar fruto abundante, fruto sin fecha de caducidad.

El miércoles pasado, en la Catedral de Orihuela, se proclamó el mismo texto e hice un comentario, que apliqué al Papa Juan Pablo II. Hoy lo vuelvo a escuchar y, de nuevo, me viene con fuerza a la memoria la persona del Papa, que nos ha dejado.

Dar fruto. Lo ha cumplido y no le caben en los brazos las gavillas. Los frutos del Papa vienen de todos los continentes. De Cracovia a Roma, del 17 de mayo de 1920, fecha de su nacimiento, al 2 de abril de 2005 su siembra ha dado frutos.

¿Cómo presentaros al Papa?

Estos días he leído y escuchado muchos nombres para el Papa. Se ha ido desgranando y se podría confeccionar una letanía de títulos. Lo han llamado “grande”, “regalo para la Iglesia y para la Humanidad”, amigo del hombre, profeta, Papa del Ecumenismo, el Papa de la paz. Para mi recuerdo he escogido tres nombres.

1º El primero es el de *pastor*. Todos lo hemos visto pastor. Fue hace dos mil años y fue de una forma sencilla, sin televisión. Había allí seis testigos. Era de mañana; Jesús había preparado un *almosaret* junto al lago. Estaban en silencio que Jesús, el Señor, rompió de modo directo: “Pedro, ¿me quieres?”. Por tres veces preguntó Jesús y por tres veces escuchó a Pedro decir: “Señor, te quiero”. Tres veces le confió sus ovejas y corderos, con la insistencia de que el rebaño sigue siendo de Jesús. Que recuerde que lo que le entrega es el *cayado*.

Antes le había dado las llaves. En la Cena le dio la palangana y la toalla, como a todos los Apóstoles. Ahora es su propio cayado. Esta es la herencia de Cristo a Pedro.

Han hecho falta más de trescientas manos, como una gran arcada para que, hace 26 años largos, el cayado llegara a las manos del Papa Juan Pablo II, el 16 de octubre de 1978.

Jesús decía del Pastor que conoce las ovejas y ellas reconocen al pastor. Decía que las saca afuera, al aire del mundo. Que va delante. Que las busca. Y sobre todo decía que da la vida. ¿No os suenan estas palabras aplicadas a la vida del Papa Juan Pablo II?

Pastor misionero. Visitó todos los apriscos. En todo el mundo se conocía y reconocía su voz. Una palabra repetía con fuerza: Jesucristo. Era la Buena Noticia, incansable en proclamarlo. Anunció al mundo el Evangelio de la Vida, el Evangelio de la Esperanza, el esplendor de la Verdad. Arrastró multitudes, como ninguno. Buscó nuevos areópagos. Se acercó a la cultura de hoy. Se acercó al mundo obrero. Miró con pasión a Europa, pero también a América, África, Asia y Oceanía.

Ya en su primera carta, y faltaban veintiún años, tiene la vista puesta en el Tercer Milenio, que él abrió. En años posteriores a la primera carta quiso recordar los quinientos años de la obramisionera de España, en la evangelización de América. Esta urgente empresa misionera debía tener una estrella. Y esa fue María.

A los pastores de hoy nos dejó como testamento una carta inagotable y el extraordinario testimonio de su coraje, de su fuerza insobornable.

Todos caemos en la cuenta de cómo le atraía la ventana. Necesitaba ver a sus ovejas. Nos dejó conocerlo, en los momentos de un vigor incontenible, y, lo que es más admirable, nos hizo verlo en su debilidad más profunda. Nadie le obligaba a hacerlo. Él lo quería, aunque muchas veces sufriéramos al verlo. Dejarse conocer en su debilidad, porque el pastor es débil.

Este es el fruto: Dar la vida. Dar vida.

2º.- *Hombre*

Este Pastor era un hombre entero.

El Papa se emocionaba al contemplar y reflexionar sobre la Encarnación. Le producía vértigo, entrar en el volcán inmenso del amor de Dios. Dios se empadronó en la tierra de los hombres. Fue uno más dentro de los millones de hombres, que han existido. “Uno de tantos”, decían con emoción los cristianos. Sin privilegios. ¡“Dios se hizo hombre”! ¿Tanto vale el hombre? ¿Por qué ha apostado Dios tan seriamente por el hombre?

Juan Pablo II fue hombre. Y conoció en su carne hasta dónde llega el hombre, cuando dice que Dios ha muerto o ha pretendido matarlo. Lo paga el

hombre, los más indefensos lo pagan más. Entonces la discriminación se hace ley y se llega a la eliminación.

El Papa conoció cerca los campos de exterminio. Dos totalitarismos pisaron brutalmente su nación. ¿Por qué Polonia? Y el Papa recoge en su último libro el testimonio de alguien que le dijo: “Porque en Occidente tal vez no hubiéramos sido capaces de soportar semejante prueba, mientras que ustedes la aguantarán” (Memoria e identidad, página 62).

Hombre con callos en la mano. Hombre de la resistencia clandestina y sus armas eran el teatro y la poesía. Hombre de honda cultura. Fue investigador. Hombre de convicciones. Hombre deportista. Hombre de hondas amistades.

El que es hombre es humano. Por eso amó al hombre. Se acercó a la cárcel y perdonó. Humano es también pedir perdón, y lo hizo con una sencillez y claridad, que produce estremecimiento. Defendió en todos los idiomas la vida y la libertad del hombre, que nace en la familia. Estaba convencido de que nadie tiene un concepto más alto del hombre que Dios. Y que nadie ha hecho por el hombre más que Dios. Por eso recordaba las verdaderas necesidades del hombre: la vida, la libertad, la verdad, la justicia, también la belleza. Gritó hasta enronquecer la intocabilidad de lo sagrado, que es la vida, que es el cuerpo humano, que es la familia.

Se acercó a los niños y también a los ancianos, a las fabelas, a los campesinos. Los jóvenes durante veinticinco años lo entendieron. Descubrieron que él los quería, muchas veces les dijo que confiaba en ellos. No usó la pedagogía de la amenaza o la reprensión, pero sí la del esfuerzo, la de la exigencia, la de la generosidad, de la fidelidad.

Alguien lo ha tachado de “conservador” en determinados campos. Es verdad, fue conservador. El árbol que no conserva las raíces no crece. La novedad de una vida la aseguran las raíces.

La Iglesia necesita hombres y mujeres. Y la sociedad también. Y este es un mensaje y un aviso para todos.

¿Cómo no iba a defender al hombre y la idea que Dios tiene del hombre? Cristo es la idea más alta de Dios sobre el hombre. Cristo explica el hombre al hombre, un texto del Concilio que le gustaba repetir. Llegó a definir también al hombre como camino hacia Dios, porque a Dios y a la Iglesia se va por el hombre.

Dio un fruto. Fue hombre.

3.- *El creyente*

La fuerza indomable de este hombre estaba en su fe. Para nada lo cohibió. La fe no lo desnaturalizó. Fue una fuerza nueva en su misma vida.

Se creyó el Evangelio, la novedad permanente del Evangelio, cuando sentía la aniquilación de la libertad del hombre y de su vida. Y todavía no se han acabado las tendencias totalitarias, aunque hoy tienen otros nombres. Entre nosotros, en España, afirmó que la verdad no se impone, sino que se propone. Como también dijo que nadie consintiera en la afirmación de que no se puede ser cristiano y moderno. Desde su fe contempló y propició el vuelco de Europa.

La fe le decía que no hay novedad más grande y permanente que Cristo. Por eso habló de Él a tiempo y a destiempo. Habló con esperanza, con emoción. Anunciando a Cristo sembró esperanza a voleo.

Lo hemos visto muchas veces rezar de rodillas, celebrar la Eucaristía y hasta confesar. En lo hondo de su fe, en las raíces estaba el Dios vivo. Por eso nos dejó una trilogía de cartas sobre el Padre, al que llamó "Rico en misericordia", sobre el Espíritu Santo "Señor y dador de vida". Y sobre Jesucristo, en la carta con que he iniciado esta homilía.

Alimentó su fe también la devoción honda a la Eucaristía. Y mucho nos demostró que era grande su cariño a María, y lema de su servicio era ser todo de Ella.

En la fe del Papa entra de lleno la Iglesia. Piensa en la Iglesia. La sirve, porque es también un modo de servir a la humanidad. Pero ha sido trabajo duro; ha habido tormentas. Alguien ha escrito que el Papa ha querido devolver a la Iglesia la confianza en su propia fe. Desde la Iglesia ha dado su mano y su corazón a los hermanos de otras confesiones cristianas, que lo valoran sin reservas.

A la Iglesia hay que amarla. No se la puede rasgar. Le dolía la desafección suicida a la Iglesia. Tomó en sus manos todas las páginas del Concilio Vaticano II y ahondando en él definió a la Iglesia como "misterio de comunión y misión".

Y a todos nos ha llamado a sentir la responsabilidad gozosa de ser la Iglesia. Recordadlo los consagrados. Recordadlo los laicos.

La fe da frutos, decía Santiago. La fe actúa por la caridad y la esperanza.

Gracias, Señor, por este impresionante testimonio.

Queridos hermanos y hermanas:

Su rostro corporal ya se nos ha quitado de la vista. No lo veremos más. Es fácil que pronto se despierten con fuerza las sospechas, las críticas, las descalificaciones, aunque el juicio es siempre de Dios.

Pero ninguno de los que le descalifican contará con más de tres millones presentes en su entierro, por primera vez en la historia, sin contar a los que no hemos ido. ¿Tan necio es el pueblo del mundo entero? Y muy pocos tendrán el testimonio de su vida y de su coherencia.

Nuestra Eucaristía es de acción de gracias y es de esperanza, porque Dios ama al mundo. Y porque Dios ama a su Iglesia, que ama al mundo.

Quiero dedicarle al Papa Juan Pablo II una expresión que se lee al comienzo de Isaías: “Dichoso el justo: le irá bien, comerá el fruto de sus acciones” (Is 3,10). Y las palabras de Jesús: Quiero que estés conmigo. Entra ya, te he abierto la puerta.

A ti, Papa Juan Pablo, desde nuestra Iglesia de Orihuela-Alicante de corazón: Gracias. Y acuérdate de nosotros.

En realidad, Señor, nuestro brindis y nuestra felicitación esta tarde es para ti, Jesucristo, por tu servidor Juan Pablo II.